EL MARISCAL ANDRES DE SANTA CRUZ

Textos de PORFIRIO DIAZ MACHICAO

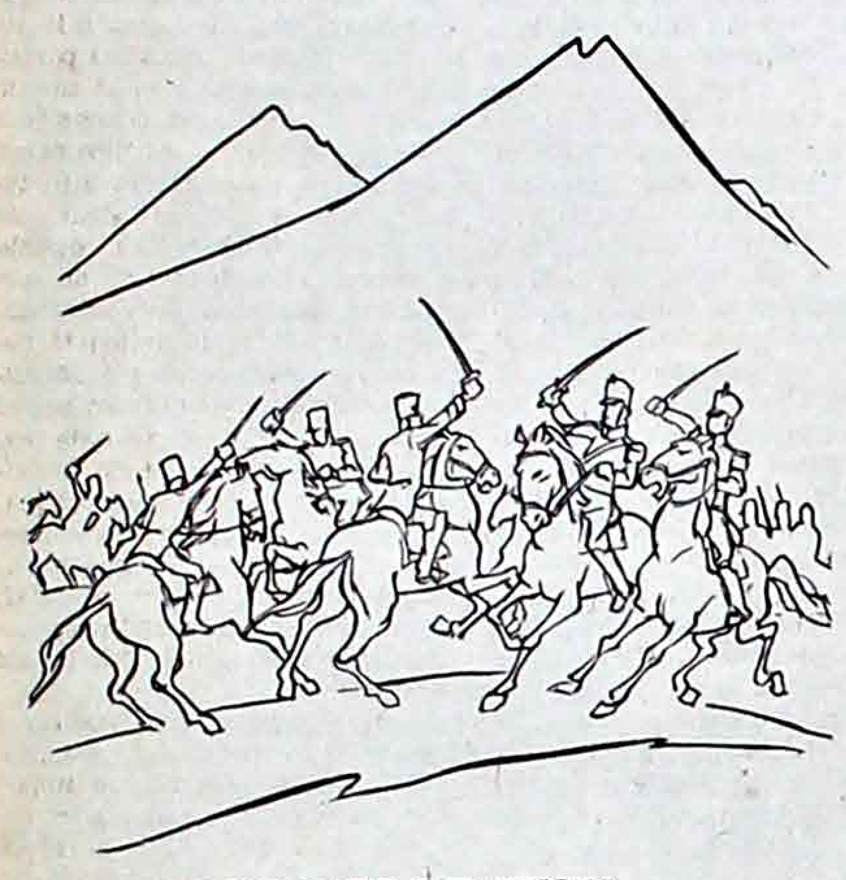


RETRATO DE DON ANDRES

Hay detrás de su gesto definitivo, a la hora de la tarde, el cansancio de un puma y, en la mirada lánguida, el vuelo de un cóndor en la niebla crepuscular.

Tiene un rostro de jaspe lívido porque en su sangre la especie ha recorrido siglos desde el Tahuantinsuyo y desde Iberia.

Ese es el retrato de Santa Cruz y Calahumana.



LOS DIAS DE JUNIN...

Junín fue para Santa Cruz una confirmación de su espíritu militar. Asistió a esa batalla en calidad de Jefe de Estado Mayor, circunstancia que da idea de sus altos valores ya que los otros generales de la independencia, guerreros de años y años, al constituir su compañía, dan relieve a su fama. En esos días de junio de 1824, fue un acto asombroso el desplazamiento de las fuerzas.



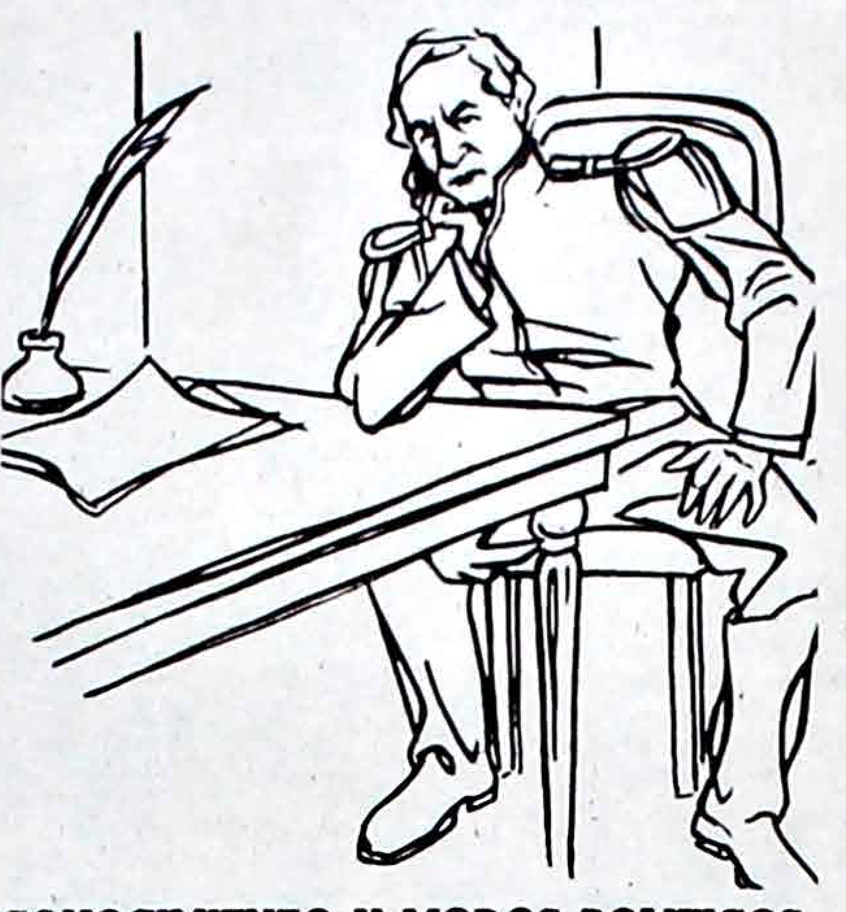
LA CONFEDERACION PERU-BOLIVIANA

Así surgió el 20 de octubre de 1836 la Confederación Perú-Boliviana. El Decreto lo deja enunciado con claridad: "Art. 1º— Queda establecida la Confederación Perú-Boliviana, compuesta del Estado Nor Peruano, del Estado Sur Peruano y de la República de Bolivia.—"



EL MANUSCRITO DE QUITO

Las tónicas del Manifiesto de Quito, del año 1840, tienen un acento de profunda desesperación. Corresponden, exactamente, al tiempo malhadado de la caída, cuando el hombre dejó tras de sí todo el volcán apasionado que erupcionaba lava en su contra. Algún documento consigna el propósito de declarársele "indigno" de la nacionalidad boliviana. Su reacción se hace superlativa y exclama: —"Este acto de insigne injusticia y de ingratitud, es también un insulto al buen sentido de los bolivianos. ¿Puedo ser indigno del nombre boliviano? ¡Yo que tuve la fortuna de dar a Bolivia reposo, orden y prosperidad!"



CONOCIMIENTO Y MODOS POLITICOS

Todo en él quedó realizado. Las estructuras anímicas de sus batallas culminaron en la Confederación, su más alta cima. Aprendió en el camino a sedimentar la experiencia. Recordaba con ufanía sus días de Pichincha, las glorias de Junín. Tenía una nostálgica amargura al compulsar que no pudo estar en Ayacucho. Zepita le dolía y le enorgullecía, porque fue su más grande prueba: la de embestir y la de huir. Después vinieron las glorias de Yanacocha y Socabaya y otras batallas menores. El ejercicio de hollar las grandes rutas desde las cordilleras al mar. En fin... Para ser el actor de todo ese repertorio de dramas, necesitaba genio. Y, claro está, que lo tenía.



LAS SUSTANCIAS DE LA INDEPENDENCIA

Y si la enemistad, el odio político y la anarquía, se aliaron en contra del Gran Protector, no se debe descontar de esa alianza a la independencia que los bolivianos habían aprendido a gustar desde 1825. Si los peruanos se ponían recelosos, los bolivianos se ponían avaros en prodigar energías para un hecho político que comenzaba a declinar.

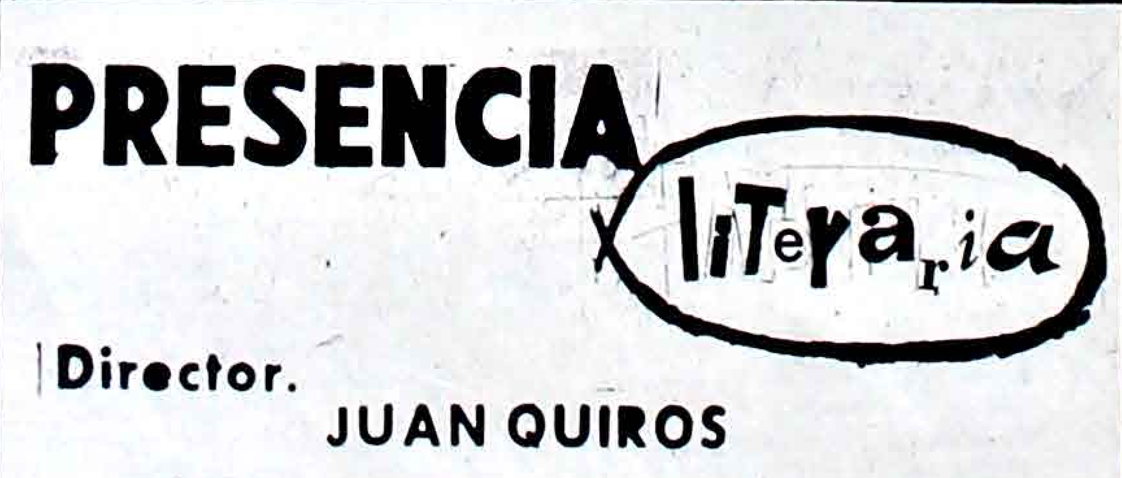
Eran las sustancias de la Independencia que se convertían en bastiones difíciles de vencer.



RETORNO A LA PATRIA

Pero en el desconcierto está precisamente el telón de fondo para los grandes advenimientos. La angustia de las gentes descubre una nueva esperanza: llamar a Santa Cruz. Solamente él podrá dar tregua al desenfreno. Y, acaso, en sus manos, pudiera surgir el mando que se acata y respeta.

La Historia relata todos los factores que dan carácter a este anhelo: proclamas, llamados, comisiones que marchan en busca de Santa Cruz desde las tierras bolivianas hasta el valle arequipeño.



PRESENCIA literaria

Director. JUAN QUIROS

La Paz, Bolivia, Domingo 26 de Septiembre de 1965



LA MORAL EN MEDIO DEL CAOS

Grande ha debido ser Bolivia, en verdad, si lo único extranjero que había en su seno fueron el vicio y el crimen. Y como la edificación estadual de un pueblo supone también su elevación moral, Santa Cruz puso en la tarea restauradora todo el influjo de las buenas costumbres y el asentamiento de la ley. Siguiendo la enseñanza de la Historia, tiene el gobernante de aquellos años, ganado el título de organizador. Allá donde el vicio y el crimen, están extrañados drásticamente, tiene por fuerza que existir un florecimiento de virtud, un modo acrisolado de conducta. ¡Felices los tiempos del Mariscal!...



LOS GRANDES VACIOS

Esos vacíos son los que determinan, en cierto modo, el encuentro de los altoperuanos con su propio ser político. Sucre y Olañeta destruyen el plan disimulado de Santa Cruz y empujan la creación de Bolivia. Se sacrifican, cumplen la tarea hasta dejarla en su cima. Bolivia es Bolivia. Porque Sucre lo quiere. Pero, es que Sucre también se va.

Y en el destino de Andrés de Santa Cruz queda el encadenamiento de su influjo hacia Bolivia.



LA UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN AN...

Este soldado que no tuvo más universidad ... campos de batalla ni más dialéctica que el escollo ... ños políticos, también ganó en el duro combate ... ignorancia. Instauró la Alta Casa de Estudios de L... paradigma de emoción y de lucha, recinto de cultura ... honestidad ciudadana.

Lleva en su destino mucho del espíritu rector ... riscal. Su apego a la solución de los grandes pro... Un instinto creador, un impulso quintaesenciado por ... titucionalidad, son legado del fundador. Honor, ... libertad, se han encadenado en una lógica para la vida ... es la Universidad de Andrés de Santa Cruz.

En la vida del Mariscal irrumpió, como una ... luces, la pompa de sus títulos: Protector, Restaurador, ... cificador. Y el que le atribuyo en esta lección ... naje es el de Rector.



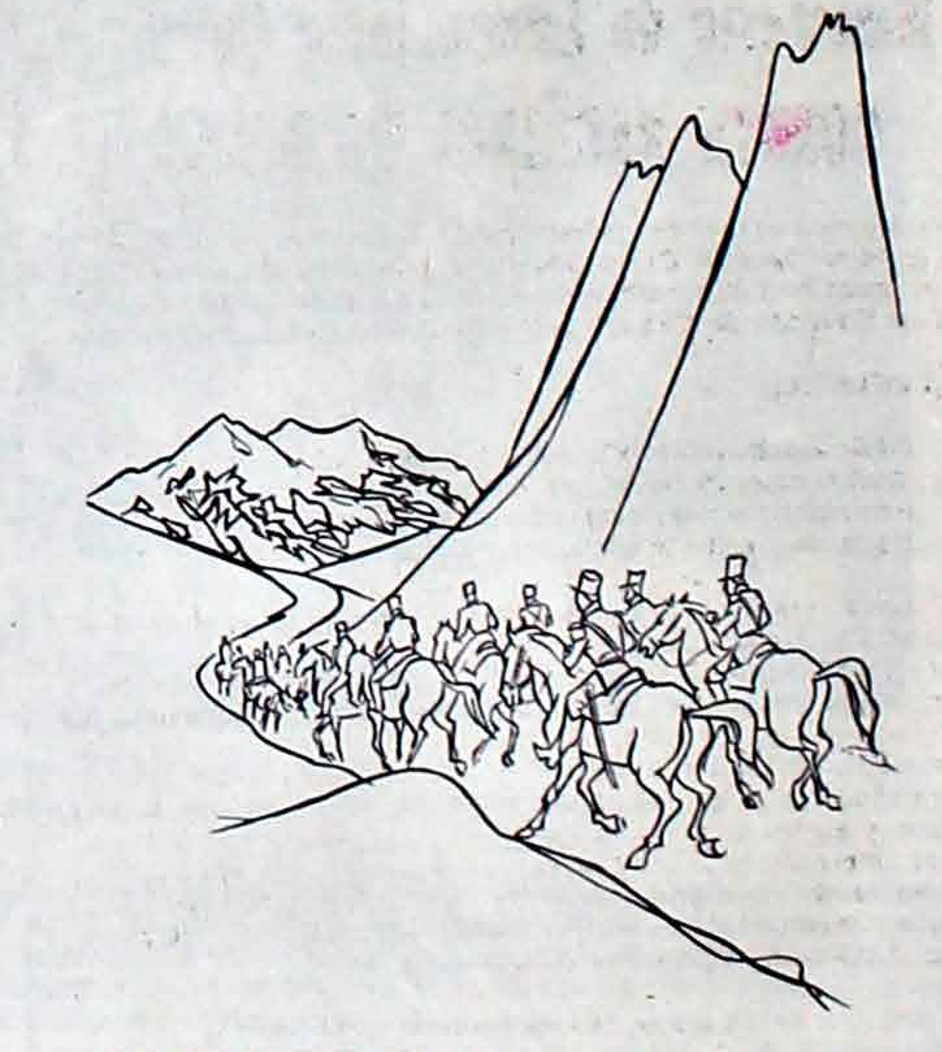
LAS LEYES SECUNDARIAS DEBEN SER SENCILLAS

—"Para excitar la contracción y el celo de ... sionados, presidiré yo la última discusión de los ... —díjole a Calvo, sin ocultar su entusiasmo y fe ... tarea que había suscitado.

Años más tarde, acaso en los días del recuerdo ... tálgico de su obra, refirió:

—Al cabo de quince meses de asiduo trabajo ... más prolijo examen pareció conveniente su promul...

La Ley de 18 de julio de 1831 los denomin... gos Santa Cruz", a los cuales su creador apenas los ... ba como sencillas leyes secundarias.



LAS GRANDES RUTAS DEL CRUCISMO

Esas, son sugeridas en las páginas arguedianas, las rutas del Protector, a campo traviesa, por sobre las infinitas sabanas que se descuelgan desde las cumbres nevadas hasta la arena de las playas. Desde La Paz hasta el Callao, desde el Illimani hasta el Misti, del Choqueyapu al Rimac. ¡Ah, y sin detenerse, como el alud, hasta destruir al enemigo, en un paroxismo de orgullo y de concepción!...

LOS GRANDES ACIERTOS DE RAYMOND CARTIER

Por JUAN JOSE COY

RAYMOND CARTIER es un periodista francés que se ha hecho famoso por sus colaboraciones y reportajes en el París-Match. Su larga experiencia viajera y su agudo espíritu de observación han cristalizado en dos libros excepcionales, "Las cuarenta y ocho Américas" y "Las diecinueve Europas". Ambos son fascinantes, interesantísimos. Y la extensión y calidad de su información de primera mano en nada entorpecen la agilidad de su estilo y lo perfecto de su presentación.

Los libros de Raymond Cartier tienen muchas y muy buenas virtudes que en seguida vamos a tratar de comentar porque la obra de este hombre trotamundos se presta con facilidad al comentario. El primer gran acierto de Raymond Cartier es su fórmula expresiva felicísima. Cartier es periodista y como periodismo hace pasar su libro. Una idea nos bulle en la cabeza que no sabemos expresar adecuadamente. Quizá un ejemplo negativo de lo que queremos decir aclare esta primera y fundamentalísima virtud que le adjudicamos a "Las cuarenta y ocho Américas" del periodista francés. Conocerán Uds. sin duda alguna de las dos obras que han hecho famoso a Morris West, el discutido novelista australiano. La primera fue "El abogado del diablo" y la segunda llevaba el título de "Las sandalias del pescador". En esas dos obras, interesantes desde luego y bien escritas, el crítico nota inmediatamente una anomalía importante. La anomalía que casi siempre observamos en toda novela escrita por periodistas. Es decir, que la forma expresiva no está de acuerdo con el género literario en que se vierte. Las dos obras de West se prestan más al comentario periodístico que al estrictamente literario, o más concretamente al novelesco. Morris West es un periodista que ha intentado meter en el molde novelístico una masa concebida y elaborada para la columna. He ahí su defecto primordial. He ahí la razón última de su escandalosa popularidad. Morris West es hoy día uno de los escritores de más amplia difusión en el mundo entero. Con unos cuantos datos bien vistos y el olfato de todo buen periodista por lo sensacionalista -en el mejor sentido de la palabra, es decir en su sentido más atenuado- Morris West ha escrito dos obras tremendamente populares, ágiles, interesantes, fáciles de ser leídas por cualquier profano en asuntos más o menos eclesiásticos. El público ideal para este tipo de creación es el norteamericano. Y allí, en efecto, ha sido la obra del australiano best-seller un puñado de meses. Y téngase en cuenta que eso de ser best-seller significa mucho en los Estados Unidos aunque el mérito objetivo de semejantes clasificaciones apenas quieran decir nada y tengan muy poco que ver con la auténtica calidad literaria. Citar ejemplos de obras mediocres popularísimas es innecesario y sería prolijo. El caso extremo de esta situación la tenemos en el serial radiofónico. Pues bien, West ha escrito novelas con masa periodística. El resultado es que su tipo de creación se resiente de falta de hondura. El complejo y hoy atormentado mundo espiritual y sacerdotal, que tan magistralmente han sabido captar en algunas de sus facetas hombres como Greene, como Bernanos, como Mauriac, como Montaurier, queda a cien codos por encima del que nos presenta habitualmente Morris West. Esto no quiere ser una crítica sistemática y sin atenuantes a la obra de Morris West. Quiere ser tan sólo un ejemplo de lo que queremos decir al afirmar que Raymond Cartier ha escogido la forma literaria óptima, más apropiada, para su tipo de trabajo. A materia prima periodística, a concepción mental periodística, forma literaria periodística. Así han salido sus obras. Y esta virtud elemental y básica hace de la lectura de "Las cuarenta y ocho Américas" un abigarrado e interesante viaje experimental por el enorme y complejísimo mundo yanki, con frecuencia tan mal comprendido y peor juzgado. Pero este asunto empalma directamente con la segunda gran virtud capital de la obra de Raymond Cartier.

Esta virtud se llama simpatía. Porque Raymond Cartier va casi siempre al aspecto humano de las cosas más que a su versión política. Nosotros, los latinos, no somos ni objetivos ni equilibrados cuando hablamos o escribimos de los norteamericanos. Después de todo es perfectamente explicable. A quien le han matado un hijo, cómo podrá ser objetivo y desapasionado con el asesino? Es humana, sicológicamente imposible. A muchos de nosotros los norteamericanos nos han matado un hijo que se llama libertad. Libertad económica. El colonialismo yanki es algo más que un slogan soviético. Es una triste realidad, por lo que a su aspecto económico se refiere, en muchos de nuestros países. Los norteamericanos han ido a Sudamérica en busca de materias primas que luego han devuelto manufacturadas al triple de su precios. La monoproducción, tan típica de tantos países económicamente subdesarrollados, deja en manos del mejor postor a quien produce esos alimentos, esos minerales, esa específica producción. Esta se llama en ocasiones café, en ocasiones banana, en ocasiones estaño, en ocasiones carne congelada. Cuando un solo producto constituye el noventa por ciento de una economía de exportaciones, ese país queda a merced de quien se lo compra. Y pobre del que le busque los tres pies al gato y trate de independizarse. La suspensión de compras es hoy día, en este mundo nuestro, amenaza más estremecedora que la de la bomba hache. El mercado y sus consecuencias sustituye ahora, en América del Sur, a los "marines" a los cazas a reacción. Algunos países latinoamericanos no tienen libertad económica. Y sufren del colonialismo plutocrático, mucho más terrible y despiadado que el colonialismo político. En estas circunstancias no tiene nada de extraño que nosotros, que sufrimos a veces las consecuencias de ese estado de cosas no seamos ni objetivos ni desapasionados. Mucho es que no somos incendiarios. Pero en fin, la digresión ha resultado quizá excesiva. Raymond Cartier puede permitirse el lujo de ser imparcial porque ni entra ni sale. Va, ve y escribe. Como César, pero sin Rubicones comprometedores. Cuando esporádicamente sus observaciones toman el rumbo de lo político, no puede dejar de mencionar los atropellos de Nuremberg, en nombre de la legalidad -y qué legalidad, Dios mío! La legalidad de los vencedores-, las equivocaciones garrafales de Fran-

(Pasa a la página 4)

EL METODO

Por LUIS RIVAS ALCOCER

SEGUN LA ENCICLOPEDIA UNIVERSAL método es el "procedimiento seguido para alcanzar un objetivo y, más especialmente para llegar a un conocimiento científico o comunicarlo a los demás". Esta definición la vamos a referir al campo educacional, con la ayuda del Prof. Jesús Isáis Reyes, quien analiza en sentido de que: el método es un factor de educación indiscutible. Es una ayuda evidente para el maestro y un auxiliar indispensable para el alumno. Es un camino recto, se ha dicho, y quien viaja por él -aseguró Descartes- llega primero, por despacio que vaya, que quien se aparta de él, por veloz que corra.

Evidentemente, el valor del método estriba en su significado de orden y de continuidad. Por eso ahorra tiempo y disciplina la mente, además de que hace fácil la tarea. Sin embargo, hay que decirlo con toda claridad, el método no tiene un valor absoluto dentro del proceso general de la educación.

Según la tesis que vengo sosteniendo, de la organicidad de la escuela, no es posible que ningún elemento tenga una supremacía decisiva. Así, el método no tiene ningún valor mágico. Es un factor, un importante factor y su significación en el producto se combina con los demás factores.

La sobreestimación del método, ha dicho Mantovani, es consecuencia del olvido en que se tienen los fines. Maestros hay que olvidando las finalidades de su labor, se refugian en tal o cual método, esperando de él más de lo que puede ofrecer.

También es nociva la actitud contraria, que desestima el método, al grado de afirmar que carece de importancia en la obra educativa. Que cuando hay interés de parte del alumno y entusiasmo y capacidad en el maestro, el problema del método es simplemente superfluo.

Hay que valorar el método como lo que es, como un camino, como un factor, como un elemento simplemente y no esperar de él que substituya al maestro, o que corrija un programa o propicie determinada organización interna o externa de la escuela.

El método está condicionado por cuatro elementos:

a) el alumno,
b) el maestro,
c) caracteres de la materia, y
d) fines generales de la Educación.

El método tiene que variar con el educado a quien se aplique. No es lo mismo un método para niños que para jóvenes o para adultos. No es lo mismo su empleo con campesinos que con niños de la ciudad. La edad, el medio y la experiencia son factores que aumentan las diferencias individuales.

Ningún método puede considerarse tan eficaz para un sector como para otro. Quien así lo ha creído y ha enseñado a adultos como a niños, ha tenido serios fracasos. Ni el niño es un homúnculus, ni el adulto es un infante de crecidas dimensiones. La edad es una ventana a través de la cual se ve la vida; por eso cada una tiene un paisaje diferente. Quien quiera aplicar un método siempre con cualquier alumno y en cualquiera circunstancias, corre un riesgo enorme de fracasar.

El maestro que sólo sepa un método, puede ser que triunfe, pero puede ser también que fracase. Su trabajo está sujeto al azar. Depende de una coincidencia feliz.

También es necesario tomar en cuenta el maestro que ha de aplicar el método. Ferriere ha dicho que un buen obrero obtiene buenos resultados, aun con malas herramientas, y que, en cambio, el inepto los obtiene malos, aunque emplee buenas herramientas. El método varía según sea el maestro que lo aplique. Sus resultados son diferentes en todos los casos.

Muchos directores recomiendan un buen método. Han leído que es bueno. Hay constancia inclusive personal de dos o tres expertos que lo han aplicado con éxito. Pero no se tiene en consideración la preparación de los maestros a quienes se ordena que lo apliquen. Este olvido es fatal. El método fracasa y se culpa a los alumnos, al medio, a los maestros, pero nunca se explica por el desequilibrio entre la preparación pedagógica y cultural de los maestros y la complicada elaboración psicológica del método recomendado.

El método global para enseñar a leer ha tenido buenos resultados con unos maestros y pésimos con otros. Es que cada método reclama más que saber el simple método.

Además, hay que considerar que no existe ni puede existir un solo método. Lo conciben quienes lo colocan en la cumbre de la excelencia y sólo conciben uno, nada más que uno, dos sería imposible; tres absurdo. Mas, si se recuerda que el programa contiene varios sectores disímbolos, como los trabajos manuales y el civismo, la aritmética y la ética, se pensará que cada sector cultural ha de tener un método. Esto ha de parecer un sarcasmo a los que sólo creen en el método científico; pero en verdad no se puede enseñar a sembrar induciendo, ni canto deduciendo. El arte y la técnica tienen sus métodos propios.

El método ha de variar con la índole de la materia. No hay que esperar la universalidad de un método que lo mismo sirva para enseñar actividades de carácter técnico, que para las de un sentido artístico o social.

Claro es que esto complica mucho la preparación de un maestro, pero así tiene que ser.

Por otra parte, no hay que olvidar que no se enseña lo mismo algo que se va a recibir un día y no importa que se olvide al siguiente, que algo que ha de ser norma, que ha de presidir una actitud o que ha de guiar una serie de actos.

Se ha dicho que se persigue en la escuela la educación como desarrollo y no la instrucción como un saber de palabras. Entonces habrá que buscar métodos que correspondan a este propósito. No importa que reclamen más tiempo o que su empleo se complique con el uso de materiales, o con la necesidad de organización en tal o cual sentido.

La piedra de toque de los métodos ha sido el que sean económicos en tiempo. Eso es un error. La prueba a la que habrá que sujetarlos ha de ser la forma en que contribuyan a lograr que se alcancen los fines de la escolaridad. Es más fácil hacer que se aprenda de memoria a que se aprenda con la conciencia; pero ¿qué es lo que se propone la escuela? Desde este punto de vista hay que enjuiciar los métodos.

En la elección de métodos siempre han de estar presentes los fines que persiga la escuela. No se enseña lo mismo para ser peón que para ser constructor. Hay que contemplar siempre las finalidades, para proceder a adaptar medios, y entre estos están los métodos, no hay que olvidarlo.

Visto así el problema del método se torna realmente sencillo. Es cuestión de ponerse de acuerdo con los fines. Se dice que la escuela ha de procurar el desarrollo de la personalidad, entonces hay que preferir los métodos que den ocasión para que tal desarrollo se realice. Se sabe ya que se desarrolla en músculo ejercitándolo. Resulta absurdo pretender el desarrollo intelectual, si la inteligencia se convierte en un mero receptáculo. Los métodos activos se

(Pasa a la página 4

DEMETRIO CANELAS PROCER DE LAS LETRAS Y ESTADISTA

Por JOAQUIN ESPADA

ES GRAN PRIVILEGIO PARA MI RENDIR en este acto un homenaje evocativo, de justicia y amistad, al prócer de las letras y arquetipo estadista que fue Don Demetrio Canelas. No es su biografía, no es su panegírico, con que vamos a adherirnos a la consagración histórica que obla a su memoria la Universidad Mayor de San Andrés. El deber es reconstituir con su vitalidad recia al prohombre que cogobernó Bolivia, desde la prensa y el parlamento, o realizó con señorío personal la cultura patria. Para copiar los gestos y la figura de los héroes plutarquianos, basta trazar un esbozo en forma de representarles con su personalidad simbólica para el culto y enseñanza de las generaciones.

Diciendo una verdad de a puño Canelas pertenece a la casta churchilliana. Sin las victorias tras las batallas de Dunquerque y Londres. Sin la gratitud aunque demorada de la patria inglesa. Churchilliano en los deberes para defender "con sangre, sudor y lágrimas" la integridad del patrimonio geográfico; churchilliano en las noblezas de la consagración al bien público; churchilliano, sobre todo, por el oficio vocacional de censor de los gobiernos y de catedrático del derecho y la libertad desde el magisterio de la prensa.

Apenas adolescente destacó su valor personal con el acento de un lirismo precozmente promisor y depurado, en el coro de los valles de la gran generación cochabambina constelada por los Oblitas, Florian Zambrana, Manuel Céspedes, Félix A. del Granado, Quintín Mendoza y Manuel Paz Arauco. Un don natural, intuitivo, le impulsó a expresarse en períodos métricos. Labró sus versos con estro de espontaneidad, emoción y terneza. Y aunque muy pronto cambió la poesía del milagro por la prosa medular, quedó en su acervo intelectual el capital de la primera educación estética. El verso educa el oído como sonoridad silábica y como longitud fraseológica. Enseña a sintetizar en oraciones cortas los pensamientos más altos. Estructura el desarrollo de toda obra literaria dando bases de precisión verbal a la idea orgánica, curso elocutivo de fluidez y elegancia a los razonamientos que la conforman y culminación vigorosa y rotunda a la concepción final. El verso tiene un élan de formulismo matemático, musical como prosodia y escultural como sintaxis. La prosa, en cambio, es arquitectónica. Sin embargo, la grandiosidad de este arte se integra con la exornación de las partes que componen las imágenes y expresiones poéticas para infundir suavidad y transparencia a la dureza del mármol arquitectónica, revistiéndole de color, simbolismo y encanto de sugestión.



Joaquín Espada antes de leer su discurso de homenaje a Canelas, saluda a Porfirio Díaz Machicao, Director del Museo de Escritores.-

Observador profundo del medio social nativo, se representó Canelas en la primera edad literaria con la conciencia del artista misionero y renovador. Así quiso objetivar en personajes o sucesos de una novela costumbrista los caracteres de los moradores del terruño natal. Conoció que la clase dirigente lugareña tenía tal hermetismo mental y social y prejuicios y vanidades tales, que la imagen cabal de su pueblo era de las "aguas estancadas". Un medio así según el autor, no permitía a Cochabamba promover grandes corrientes de energía para el desarrollo y la superación. El escritor sopló el viento de salud de su crítica para limpiar los malos hábitos, inquietar las mentes y sacudir las vidas aletargadas por la modorra del ambiente.

Gran temple quijotesco imponía una aventura de audacia semejante. Como los personajes eran típicos, muchos se sintieron heridos por las ironías de aguijón de abeja del escritor volteriano. La reacción moral deliberadamente suscitada por el novelista, le dio motivo para emigrar del país y acogerse al hogar patricio de un hermano, médico y apóstol. Chile fue siempre la tierra



El retrato de Demetrio Canelas fue colocado últimamente en el Museo de Escritores. El orador principal del acto fue Joaquín Espada, cuyo discurso publicamos hoy.

cortés para los peregrinos señeros como Bello, Sarmiento, René Moreno, Rubén Darío. Lo fue también para Demetrio Canelas, en la hora en que apuntaba la alborada augural de la gran generación chilena novecentista: Donoso, Huidobro, la Mistral y de La Vega. Aspiró a pulmón lleno el aire yodado del mar como si fuera a saturar su vida para nunca más perder la memoria del sabor de la tierra en cautiverio de los mayores. Miró y remiró lo chileno y al chileno para confrontar sus valores con el habitat y el hombre bolivianos. Con ira santa constató que el ánimo conquistador de Chile aun no se había aplacado y pretendía abrirse camino hacia nuestras riquezas de Oruro y Potosí. Eran los tiempos en que Llallagua, Huanuni, San José, Oploca, Pulacayo y otras minas eran propiedades del capitalismo chileno y cuyos valores se cotizaban en las Bolsas de Valparaíso y Santiago. Luengos años después pudo el patriotismo previsor y poderío industrial de Simón I. Patiño deschilenizar esas empresas e incorporarlas a la soberanía económica nacional.

Canelas renunció a labrar un nombre de resonancia internacional, cual podía con sus talentos probados y la calidad selecta de su prosa académica. Prefirió retornar a Bolivia para alzar hogar intelectual en la ciudad de Oruro con el nombre simbólico de La Patria. Cuatro repúblicos le secundaron fanáticos en su empresa: Quintin Mendoza, Florian Zambrana, Adolfo Mier y Luis Calvo. La fundación del diario inscribió dos postulaciones máximas: la promoción y defensa de la democracia veraz y la reivindicación internacional marítima. En la campaña desempeñó la columna editorial el rol magno de la artillería gruesa. Cada enjuiciamiento suyo sobre la cosa y los hombres públicos hizo impacto en los objetivos enfocados destruyendo las posiciones políticas mejor pertrechadas. La opinión pública se adhirió inmediatamente y en masa a las causas evangelizadas por el nuevo paladín, convirtiendo a Oruro en el fuerte inexpugnable de la democracia boliviana. Cabe una reminiscencia para autorizar el juicio. Una trilogía de editoriales de La Patria con el título de "La Armenia Boliviana" enfrentó el sistema de arbitrariedades implantado en el sur del país causando efectos de sacudimiento sísmico en la política nacional. La sociedad de Sucre se movilizó bizarramente y pagó al periodista su homenaje admirativo haciéndole el presente de una pluma simbólica de oro.

Los pueblos se disputaron la primacía de honrar a Demetrio Canelas con el mismo fervor con que se aclamaba solamente, entonces, al "hombre símbolo" de la bolivianidad, Daniel Salamanca. Oruro y Sucre celebraron, sucesivamente, los certámenes fastuosos de sus poetas y encomendaron al Director de La Patria presidir las ceremonias como Mantenedor de los festivales. Las piezas oratorias que leyó durante esos acontecimientos, merecen reproducirse en nuestras antologías y glosarse por nuestros estudiosos, pues la postulación filosófica de arte que plantean importa una doctrina ecléctica, con valor estético puro de regalo espiritual para el individuo nexo de tradición cultural colectiva y expresión creativa en belleza del habla cervantina.

En las horas de las tempestades populares es riesgoso erigirse en cumbre de la geografía social humana. Los vientos baten y los rayos abaten forzosamente las cabezas encumbradas. La chilenofilia y el oligarquismo se aliaron un momento en racha de violencias, y desde agredir físicamente al periodista o empastelar su imprenta, se extremó el abuso hasta amotinar un pelotón de exaltados pretendiendo arrancarle del regazo de Oruro, a fin de librarse con su expulsión del flagelo de su palabra. Rememoremos tal doloroso instante, porque en la epopeya de la existencia del héroe marcó ese suceso el epílogo de un período de la historia para escribirse nuevos anales en la vida de la República.

El buen acero se templa al máximo calor. La voluntad de Canelas se fortaleció cuando las pasiones ardieron como si ellas fueran a consumirla. La oposición se diseminó en focos subversivos dando lugar a que de los complots y conatos insurgiese una revolución incoercible, a pesar de las resistencias del tribuno Salamanca.

En la fe de que en el nuevo orden político estaban dadas las condiciones para la depuración y el afianzamiento de la constitucionalidad republicana, Dn. Demetrio Canelas reputó que era su nuevo deber acudir a la Asamblea de la Liga de las Naciones para incoar ante ella la demanda de reposición de nuestros derechos marítimos. Miembro asesor de la Delegación integrada por Félix A. Aramayo, Franz Tamayo y Florian Zambrana, documentó la causa con el material histórico más completo y la compulsa forense erudita que se precisaba. En el litigo fue decisiva e incontrarrestable la influencia personal del jefe de la Misión Chilena, Agustín Edwards, a pesar del concurso del británico Lord Cecil y del respaldo de Raymond Poincaré, ex presidente de Francia. Se encarpetó la demanda boliviana arguyendo la extemporaneidad de su presentación. Otra vez se demostró así que el derecho internacional se aplica a la justa medida del poderío político de los Estados. Tamayo tachó la hipocresía como prevaricato de los hacedores del derecho y de la paz mundiales, ya que en réplica a la impugnación boliviana contra Chile, se consagró a su embajador Agustín Edwards como al nuevo presidente de la Asamblea. Con empecinamiento patriótico, aunque sin sensibilidad diplomática, insistió el Presidente Bautista Saavedra en la reiteración de la demanda reivindicatoria del Litoral detentado. El patrocinio de este juicio se comisionó a los Delegados Demetrio Canelas y Carlos Víctor Aramayo. Nuevamente se malogró los empeños de la diplomacia boliviana porque el cálculo de la Liga era que un retiro de Chile habría de ser mortal para la convaleciente organización. Que era mejor oir a Sancho en cuanto a su consejo de que conviene sacrificar al pueblo débil y contentar al poderoso.

Hemos rememorado algunos episodios del pasado doloroso para acentuar la



De izquierda a derecha: Carlos Canelas, hermano de Don Demetrio, Joaquín Espada, Carlos Terrazas, Vicerrector de la UMSA, y Porfirio Díaz Machicao mientras lee el homenaje del Museo de Escritores.

opinión de que ninguna justicia alcanzaremos mientras nuestra diplomacia carezca de peso propio para inclinar la balanza política de las naciones, a causa de la debilidad y desorganización del pueblo boliviano en sí. Con la rememoración recomendamos la necesidad de recoger en una obra completa los documentos relativos a la cuestión del Pacífico producidos por el Dr. Canelas en sus diversas actuaciones diplomáticas, conjuntamente con otros valiosísimos escritos de los editoriales de La Patria que se reprodujeron integralmente en La Prensa de Lima.

Desvinculado del régimen Saavedra al término de su misión en la Liga, se dio a peregrinar por rutas y ciudades de la cultura clásica, desde Grecia hasta Inglaterra. Ungió su frente con las aguas lustrales del Mediterráneo homérico. Vivió en éxtasis de belleza la semana entera del recital anual de los músicos a-

(Pasa a la página 4

VERDAD PLASTICA EN LA PINTURA DE TEOK CARRASCO

Por RENAN ESTENSSORO ALBORTA



TEOK CARRASCO ES UNO de los pintores más originales y extraordinarios de nuestro tiempo. Su nombre no es nuevo ni el catálogo de sus obras desconocido. Ya en 1941, Federico García Sanchiz admiraba la rapidez de su concepción, la facilidad de su técnica, el certero disparo de su dibujo y el maravilloso acorde de sus colores. Y ya por entonces sus cuadros figuraban en las mejores colecciones del mundo y se exhibían en los museos más famosos de arte moderno.

Lo más destacado de su obra está en los grandes murales, pintados principalmente en Cuba, España y los Estados Unidos. En ellos quizá afinca lo más poderoso de su personalidad artística y lo más fuerte de su verdad plástica. Lamentablemente los murales afincan definitivamente en la tierra donde fueron pintados, de modo que resulta muy difícil tener un conocimiento de su valor total y descubrir todo el afán inquieto e insaciable de su creador, sus cambiantes manifestaciones técnicas o su gozoso placer estético de trasladar hombres y cosas al mundo del color y de la línea.

Teok Carrasco, a mi juicio, es uno de los pintores contemporáneos que llega al fondo del alma humana y a la entraña secreta de las cosas por la aguda facultad de sus sentidos, por su fuerza de captación visual o por su manera especial de encontrar en la naturaleza una dimensión pictórica. En los ojos y en las manos está el milagro estético de este pintor prodigioso que sabe descubrir matices insospechables aun en los temas más sencillos como la pintura de un fruto, que exhibe sin recurrir a los efectos del bodegón. En un plano horizontal de tonalidades oscuras aparece sólo el fruto con reflejos sutiles de luces y sombras sobre su pulida o áspera cáscara; nada más que el fruto, fresco y aceptable, sin otros trazos u objetos que desvíen la atención.

Leonardo da Vinci decía que el pintor debe saber adaptarse a la forma del espejo que refleja y está repleto de las distintas cosas que desfilan ante él. Teok parece contener todo su arte en los ojos que son verdaderamente el espejo que refleja el mundo y lo proyecta límpidamente, sin lastimosos engaños, generosas concesiones, mezquinos desajustes o servil copia. Reflejo, dinamismo y equilibrio que absorbe hombres y cosas sin desvirtuarlas ni deformarlas.

Su gran retención visual se ha dejado seducir por la severa o armoniosa belleza del paisaje español. Luis de Fontes aquilata en él, entre otras muchas virtudes, su tenacidad, para perseguir las variantes humanas y físicas de la Península "en una amplia sinfonía de temas panorámicos". Temas vascos y castellanos, andaluces o de las vegas valencianas - quedan plasmadas en sus lienzos con amor, con un sentido traspasado de ternura. Porque Teok Carrasco es un pintor que se siente dueño de su arte por intermedio de la ternura. El color, la forma, la composición y el tema están estrechamente ligados a este hondo sentimiento humano con un mágico encanto, con fulgores preciosos y precisos. Teok Carrasco no es un pintor cerebral, porque pinta identificado con la naturaleza y, sobre todo, divorciado de toda concepción puramente abstracta.

Posiblemente nadie como Rafael Marquina de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando de Madrid describe esta unción de Teok al tratar un tema hispánico: "La España de los paisajes reveladores y típicos de las fiestas de toros, de los cielos, en una estática rumiación de su dinamismo. Y será para todos como exaltación de la calle en la magia policolor y precisa de las callejas, de las albercas, de las sendas, de los puentes y de ríos. Y gracias que su arte experto en su lozanía joven, y clásico en la novedad, audaz en su obediencia, la gracia de la piedra, el aterciopelado verdor del césped, el rumor gentil del agua saltarina o el sueño de los lagos dormidos. España y el arte en una comunión feliz, serán una vez más y, a la par, historia".

Durante mi visita a su estudio improvisado en Guatemala, se encontraba Teok dando los últimos retoques a una tela que traducía su honda sentida visión de una fiesta castellana. En el cuadro se advertía con claridad que había logrado traducir el alma de Castilla austera y alegre, con sus cosas perdurables, con su cielo de páramo y su tierra estilizada geométricamente. El perfil de las figuras y la autenticidad de la atmósfera castellana estaban tan bien logradas que, sin querer, sumerge al espectador en el ambiente costumbrista de ese pueblo de leyenda que supo forjar imperios. Y en realidad no podía esperarse otra cosa de un pintor que en el restaurante "The Columbia" de Tampa tiene tres murales de escenas típicamente españolas que fueron contratados por US$ 45.000.oo.

Todos los críticos españoles de relieve han reconocido en este pintor cubano a uno de los mejores intérpretes del paisaje español, captado en su más difícil y sutil cromatismo,- hasta con esa luz verdosa- la más pura de España, según Cervantes-que requiere grandes virtualidades en el manejo de los pinceles, ambición al tratar el tema y ambición en los procedimientos que juegan con las dificultades técnicas y le encuentran una acertada solución. El poeta y dramaturgo español Eduardo Marquina nos ha dejado en un verso la impresión que le causaron los paisajes de Teok Casrrasco. Escribe el poeta:

Pueblos y ciudades labras
con leves hilos de tinta
y toda España nos muestras
entre arabescos de líneas
como un rostro de mujer
a través de una mantilla".

Y el profesor Félix Pérez M. Sánchez en un rendido homenaje al pintor, escribía allá por 1946: "Benditas las manos en que Dios puso los pinceles que tienen el poder de plasmar, de una manera tan precisa, la policomía de los cielos, de las montañas, de los valles, de los ríos; y las líneas, gracia y espíritu de una mujer hermosa, como este pincel que puso en la de nuestro ilustre e inefable Teok, quien al mezclar los colores en su paleta, tiene el poder maravilloso de encender y apagar el sol a su antojo para producir a su capricho todos los matices de la luz y de la sombra".

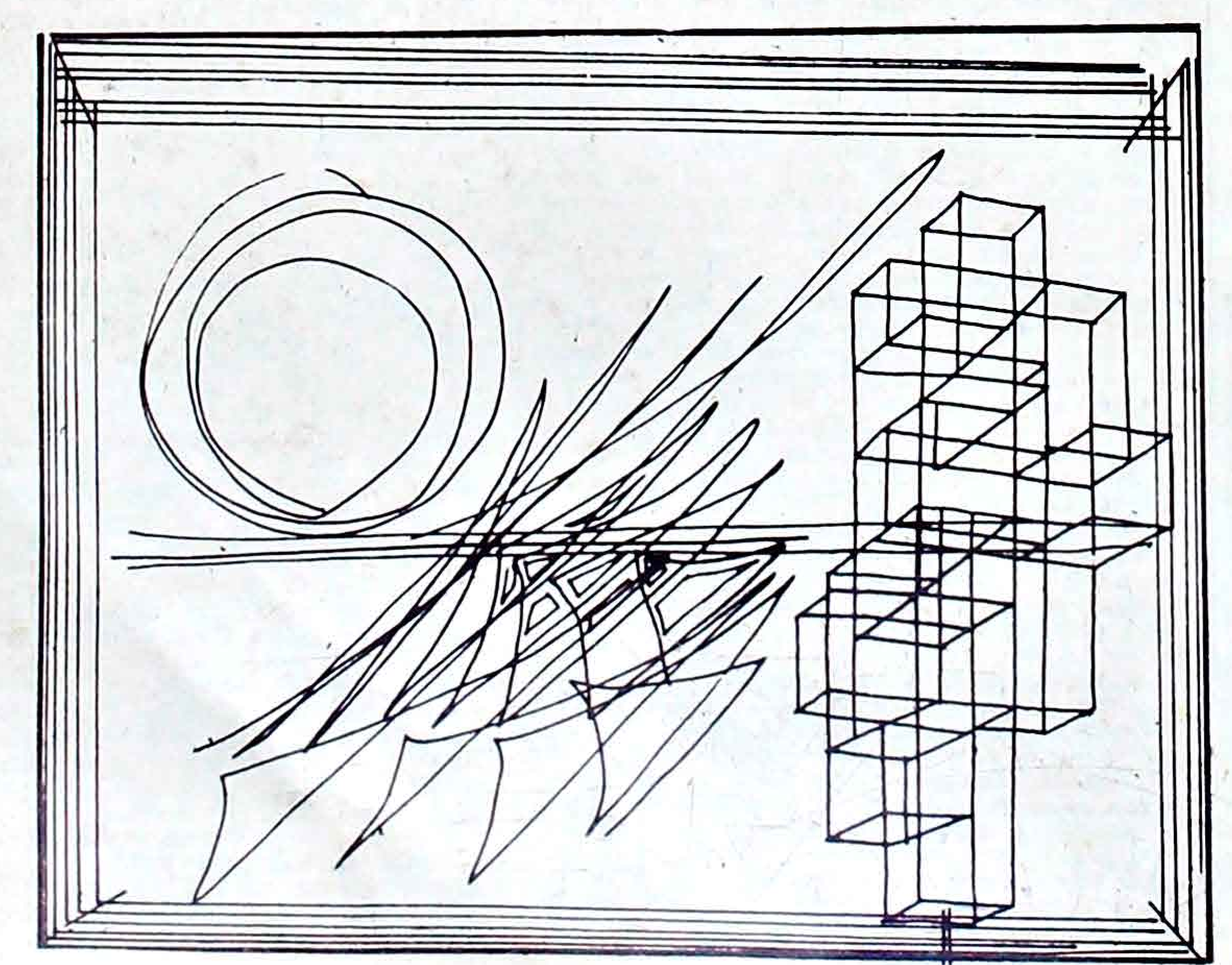
Esa presencia del sol de que nos habla Félix Pérez M. Sánchez se presiente, más que se ve, en sus pequeños cuadros a tinta negra y acuarela sobre escenas taurinas. Con un estilo muy propio y un dibujo rápido, nervioso y de líneas simples capta todos los momentos y circunstancias de la fiesta de luces: El ligero o pausado movimiento de los pases de muleta, el juego alegre del capote o la suerte de las banderillas y la dura tensión del picador sosteniendo una varilla con decisión... Todo con un gran sentido plástico y un gran conocimiento del complicado arte de la tauromaquia.

En estos cuadros y en sus dibujos a pluma están las muestras posiblemente más fehacientes de la incesante perfección de sus obras. Teok Carrasco trabaja en estas pequeñas muestras de su arte con el amor, la pulcritud y el interés que solían poner en su labor aquellos pacientes iluminadores de códices medievales. Y como esos anónimos artistas se deja obsesionar con una intención de detalle, aunque sin caer en lo minucioso del barroco. Teok parece gozar, al vencer las dificultades técnicas o los problemas de color que se plantea o le plantea el tema escogido.

"Gozo con crearme cada vez mayores problemas artísticos para medir mi capacidad de pintor- me afirmó- Puedo asegurarle que cada vez encuentro más amplias y mejores soluciones, que cada día me siento más satisfecho de mi obra, de mi creciente intensidad para sondear y captar la belleza. Es cuestión de trabajo, de dedicación, de ensayar una y otra vez y de estar siempre prevenido para descubrir en la pintura sus muchos y maravillosos secretos".

Y en verdad Teok Carrasco es un pintor que trabaja incansablemente; un pintor que ha incursionado asimismo por los planos de la decoración con un éxito resonante.

Guatemala, Septiembre de 1965.-



EL ULTIMO SOLDADO DE LA INDEPENDENCIA

Por WALTER NAVIA ROMERO

EL PUNTO DE VISTA DE NATANIEL AGUIRRE.

HE LLAMADO HASTA ESTE MOMENTO "protagonista" a Juanito y el hijo de Rosita lo es efectivamente, en cuanto el relato de las acciones heroicas. Pero, de la misma manera en que las épocas objetivadas por la narración se bifurcan y oponen, así también el narrador de la novela vive en un orden temporal diferente y distanciado de las que experimenta el protagonista de la acción. Y esta dicotomía del mismo personaje no es un defecto o error de la novela. Muchos ejemplos se pueden aducir en la historia de la novela que indican que se trata de una técnica novelística expresamente buscada por el autor y que, en este caso, nos lleva al foco mismo de la estructura de la novela.

Veamos adonde nos lleva esta comparación.

Las denominaciones de las dos etapas de una misma persona reciben esta distinción: Juanito y "el último soldado de la Independencia". Juanito, el que presencia fascinado los acontecimientos desde el 14 de Septiembre de 1810 hasta el holocausto de la Coronilla en 1812, es un niño que en un comienzo no puede comprender el sentido de los sucesos de que es testigo, pero que también, gracias a la madurez que logra por el sufrimiento de un dolor prematuro, llega a comprender plenamente la magnitud del proceso histórico que le cupo vivir, para después ser el testigo entusiasmado del mismo. El, por otra parte, es un niño inexperto, que no tuvo muchas posibilidades de educación aunque fuera muy amigo de la lectura, que es más ingenuo que astuto, con una actitud espontánea ante la realidad, según corresponde a su edad, pues no ha logrado todavía el espíritu crítico propio de la madurez. Pero lo más importante es que a este niño le ha tocado en suerte vivir la época más gloriosa, la más rica en actos de supremo patriotismo, la que fue forjada por hombres netos, fieles a un ideal y que podían sacrificar no sólo sus intereses, sino su vida misma por su patria. Juanito ha vivido la epopeya de la Guerra de la Independencia. No es de extrañar, entonces, que se apodere de él un optimismo sin límites, en los destinos de la república, fundado en una fe justificada en los hombres de esta tierra bendita. Consonante con este espíritu está su decisión final de renunciar a todo vínculo familiar, rechazando el apellido paterno que tan afanosamente había buscado y convirtiéndose en "Juan de la Rosa" a secas, y de entregarse plena y exclusivamente al servicio de la patria naciente enrolándose al ejército patriota.

El narrador de la novela, "el último soldado de la Independencia", es ya un anciano (111) que ha sobrevivido a todos los testigos del pasado heroico y perdido: en el momento en que comienza las memorias tiene 48 años, pero se siente ya prematuramente viejo; cuando fecha la carta que sirve de prólogo, 84 años, y es ya "la última carroña de los tiempos de la Independencia". Según algunos datos que he anotado, ha sido oficial de granaderos a caballo en Buenos Aires y comandante y edecán del Gran Mariscal de Ayacucho (115), es decir, que en los años anteriores a la narración se ha entregado a la causa de la independencia y se puede colegir que, tras la declaración de la misma, a la vida pública de la naciente república. En todo caso, la carrera de su vida ha sido corrida; está ya al final de la jornada. ¿Qué clase de hombre es el narrador de la novela de Nataniel Aguirre?

El tesoro de experiencias de este anciano que ha vivido intensamente la vida es inmenso. Una sólida formación en la cultura clásica nos es revelada en la utilización de las citas latinas, a la cual se ha añadido la lectura de los enciclopedistas, realizada con claro espíritu crítico. Las apreciaciones que sobre el mundo circundante hace nos lo muestran como a un hombre de posiciones definidas, tanto en el plano moral, como en el intelectual y estético. La realidad, por consiguiente, es captada por este anciano a través de un sólido conjunto de criterios bien asentados, fruto de la larga sedimentación de las meditaciones propias del hombre de vida interior. Quizá se tendría que adivinar una cierta estratificación de los juicios propia también del hombre envejecido.

Pero lo esencial es el modo cómo este anciano contempla el pasado y el presente. Su propia vida se le presenta a momentos "oscura" (116) y "prosaica" (117), y otras veces capaz de dejar una "enseñanza provechosa" (118) a la juventud de su país. Cuando tiende la mirada al pasado, una entrañable añoranza invade todo su ser y la emoción lo embarga de tal manera que "¡diantres! yo creo que he llorado, porque una gota ardiente ha caído sobre mis dedos temblorosos" (110). Pero, cuando se fija en el presente, la indignación lo ahoga, llama a gritos a Merceditas, la confidente esposa que tiene que aguantar esos desahogos, grita espasmódicamente, en fin, para denunciar la traición que se hace al pasado heroico.

Se aferra tanto a este pasado, que llega a cometer algunos errores de apreciación inducido por un subjetivismo radicalista que es extraño a la novela. Tal es el caso de las observaciones sobre el uso de la lengua quechua. Mientras, por un lado, nos informa que doña Teresa, a pesar de todas sus ínfulas de peninsular, prefiere para la charla familiar y sabrosa la lengua quechua, por otra, nos declara enfáticamente que lo que entonces utilizan los vallunos- a quienes sindica de "embrutecidos descendientes de los hijos del Sol"- es un "feísimo dialecto" (120). Prescindo en este caso, del hecho, actualmente constatado, de que los mencionados descendientes de los hijos del Sol no fueron nunca los habitantes del valle cochabambino, pues lo que el invasor quechua pudo parcialmente imponer en el Collasuyo fue la lengua, no la raza; dejo de lado la ingenua presunción de nuestro relator de que hubiera sido posible que la primigenia lengua quechua hubiera podido conservarse "pura", sin cambiar ni dialectalizarse, porque nuestro relator no tenía ninguna obligación de conocer lo que la ciencia lingüística nos ofrece hoy en día; quiero detenerme tan sólo en lo que pueda significar, en el análisis del espíritu del protagonista de "JUAN DE LA ROSA", la siguiente afirmación, hecha cuando oye un HARAHUI imitado del de Ollanta:

Urpi huihuaita chincachicuni...

Pero ¡qué estoy diciendo? ¿Pueden acaso comprender mis jóvenes lectores esa lengua tan extraña ya para ellos como el siriaco o el caldeo?— (121).

Causan extrañeza estas palabras. ¿Cómo se pudo afirmar en el siglo pasado que a los habitantes de la Villa de Oropesa les resultara el quechua tan extraña como el caldeo, si aun hoy por hoy se sigue utilizando ese idioma en el lenguaje coloquial de la pequeña burguesía cochabambina? ¿No es acaso un problema que la investigación lingüística tendría que resolver, el poder discriminar hasta qué punto se piensa en castellano y hasta qué punto en quechua en muchos de los estratos de la población de la ciudad del Tunari? No se puede concebir que la afirmación del relator se deba a una falta del espíritu de observación, porque su obra nos da fehacientes testimonios de su fino espíritu en este aspecto.

Creo, más bien, que ella se debe a la orientación psicológica de un hombre que vive anclado al pasado real o mítico: real en lo referente a la guerra heroica, mítico en lo de los "hijos del Sol". Es en este pasado, revivido por la mágica fuerza de la memoria, en el cual vive nuestro narrador con todo el refulgente esplendor de sus hechos y la transparente calidad de sus hombres. A él se siente ligado como nadie: es el testigo presencial por excelencia; está ligado por lazos de sangre con los principales protagonistas de la lucha heroica (Alejo, Francisco Nina, la Abuela) a quienes reclama como a sus únicos familiares; ha bebido el espíritu de

(Pasa a la página 4)

MI ROSTRO SUMERGIDO en tu beso
carecía de los límites que podrían conducir al bien
y he ahí que ignores mis celebraciones
para reparar estos remotos andrajos
que se acumularon en mi discordia con tu esperanza.

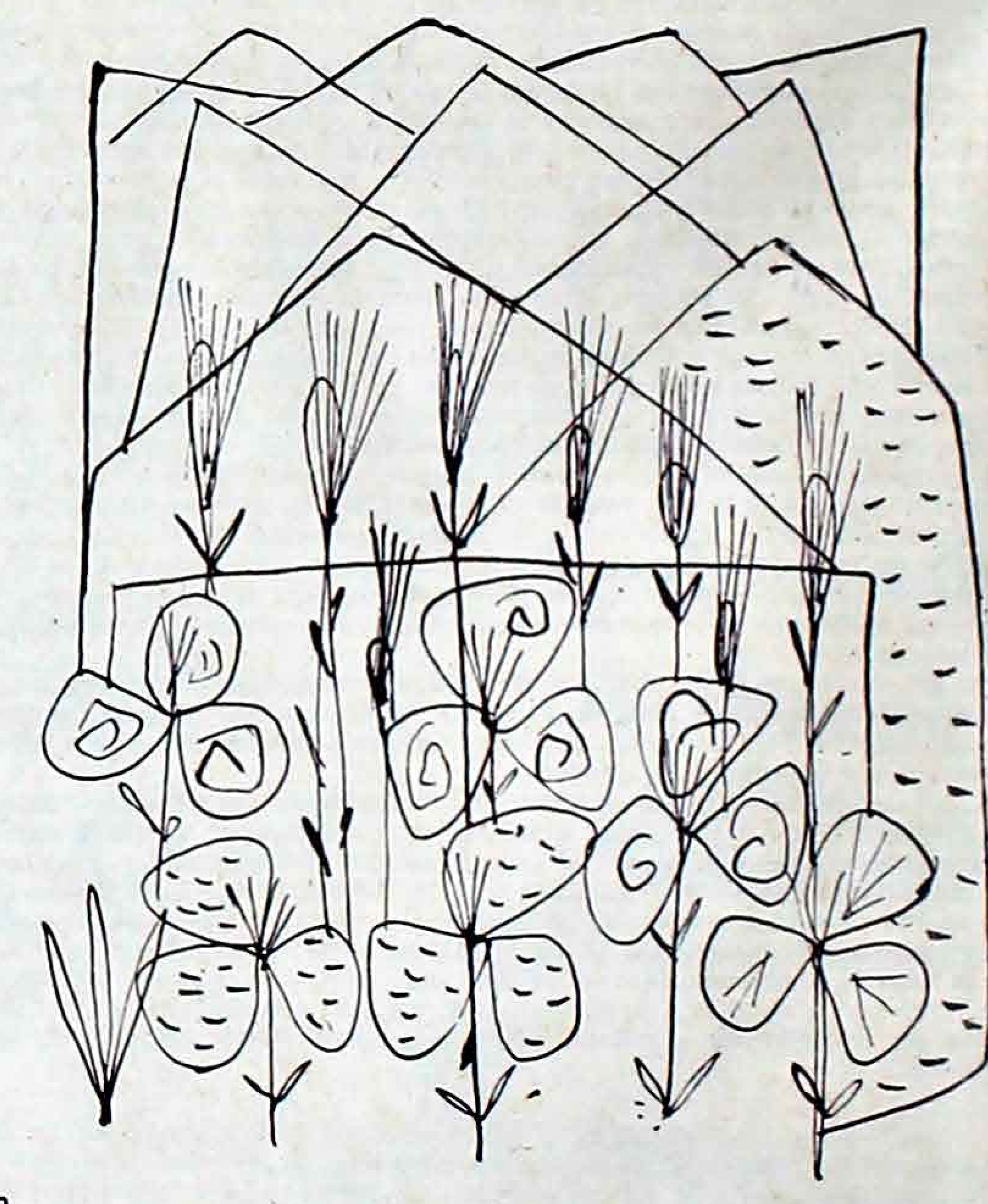
Con una gran máscara de agua
pude ensayar la reverencia para los niños
dormidos bajo nuestro amparo
y volcar
inclusive
el guijarro que dio nombre a nuestra herida
para evitar el retorno del flujo metálico
que diluyó el crepúsculo que acariciábamos.

Solemnemente pude haber guiado a los precursores de las campanas
quienes se llevaron la ternura del pueblo.

Hoy habría estado editando tu saludo
-único recurso que me llevó a los hombres-
en la señal que precisamente me conduciría
a los hogares simples.

Sin embargo,
he sembrado ya las hierbas que rodearán a tus huellas
las más próximas al puerto
para delatar mi arrepentimiento.
He conversado de tu sonrisa
de tu deseo de asustar al alba para recuperar la alegría
con los labradores de piel oscura
quienes te nominaron: "Ave Solemne".

¡Ah!: "Los puertos envejecen y las tierras paren nuevas tierras",
quise decirles señalando el ámbito de nuestro reposo;
pero preferí pensar que tu nombre se inició bajo el agua
y el mío se detuvo ante la piedra.



2.-

Evocando la claridad de nuestro lecho
depositaré mis armas
para la consagración definitiva de nuestra palabra.

Los huéspedes que acudan a nuestro pequeño dominio
coincidirán en la necesidad de amarse íntimamente
y nuestra marcha de conquista hacia la derrota de las lluvias
será repetida.

Recorreré tu ruta en la cabal memoria de la ausencia
y expiaré los daños que causó mi melancolía.
Tal vez pueda así renovar mi bondad
en las grutas donde los amantes se purifican
al filo de sus sueños.

¡Ah!, entonces podría anunciar que mi lengua se ha inmortalizado
para alabar a los hombres.

3.-

Tú sabías que este mensaje
es herencia de edades antiguas
y que debo cumplirlo aun sobre la arcilla de las provincias
para honrar a la muchedumbre jubilosa.

La inmensa máscara que cubre las leyes
se quebrará de pronto para dar paso a un vasto vuelo
entre los santuarios de las fronteras:
será cuando recobre mi oración
y reconozcas este silencio.

OSCAR RIVERA RODAS

DEMETRIO CANELAS...

(Viene de la página 2)

lemanes profesádo al culto de Beethoven. Se arrodilló como creyente en el palacio de Goethe. Oyó a Shakeaspeare con sus acentos oceánicos en el teatro de su inmortalización. Visitó Florencia, más que del Príncipe y de los banqueros del Medioevo, de Dante Alighieri, el Poeta y último evangelista de la Cristiandad. Siguió los senderos cargados de cielo, sol y recuerdos de las cruzadas quijotescas. Meditó en la soledad alucinatoria de los conventos de Santa Teresa, San Juan de la Cruz y San Ignacio.

Mentalidad acuciosa y docta asimiló los bienes y maravillas de sabiduría y arte del Occidente imperecedero para, luego, emprender camino del retorno a la patria siguiendo la ruta de Buenos Aires. Aquí se dio de bruces con la legión de expatriados políticos que compartían sus viejos amigos y correligionarios. Prefirió hacer alto, junto a nosotros, y encontró tribuna merecida en el primer diario hispánico del mundo, La Prensa. Desde entonces todas las odiseas y destierros de Canelas fueron también nuestros, aunque no fueron ni serán suyos todos los nuestros.

Constituido el gobierno de Dn. Hernando Siles, fue invitado a representar Bolivia en la Embajada de Lima. Pocos meses bastaron para que cumpliese dignamente las funciones específicas y ganara en simpatía la difícil opinión del Perú. Pero como volvió a enturbiarse, con todos los detritus pasionales, la vida política del país, regresó a Oruro el Dr. Canelas para retomar la dirección de La Patria. El pueblo salamanquista pugnaba entonces por una rectificación histórica puritana. El periodista se vio forzado a dirigir, otra vez, las batallas campales de otrora y disciplinar para la empresa una pléyade de juventud digna de constituir su discipulado, la misma que ahora es la que rumbea el gran periodismo nacional. Fueron los portaestandartes de la causa Díaz Machicao, Salamanca La Fuente, Joaquín Beltrán, Reyeros, Zeballos, singular generación que, a la par que otros, moldeó Canelas con la prédica y el ejemplo, infundiéndoles integridad en el carácter, elevación en las ideas y desinterés inmaculado en el patriotismo. Con esas calidades hace cada uno de ellos, al presente, su tarea positiva en el servicio de Bolivia.

Nuevamente La Patria ejerció su viejo poder de inflamar en coraje las voluntades y señalar a la ciudadanía el recto sentido de su destino y responsabilidad. El resultado de la campaña fue la insurrección de 1930 con un ideal democrático que agitó tres lustros al pueblo boliviano. Una masa votante de 90% del electorado ungió a Daniel Salamanca el presidente aspirado. Don Demetrio Canelas había de ser el hombre clave de la administración recién instaurada, por todos los derechos, y así lo fue en cada una de las eminentes funciones que ejerció: Ministerio de Gobierno, de Relaciones, de Hacienda, de Defensa y Presidencia de la Cámara de Diputados. Y como la crisis con el Paraguay desembocó infaustamente en ese período, había de ser Canelas el Cirineo obligado para auxiliar a Salamanca en la carga de la cruz bélica.

Como Ministro de Relaciones hubo de afrontar la diplomacia argentina-paraguaya cuyas riendas manejó con manos poderosas el Canciller Saavedra Lamas. Por sus maniobras fueron las alternativas de la guerra secundadas y aprovechadas con juegos diplomáticos que unas veces nos acusaban de recalcitrancia belicosa ante la Liga de las Naciones y otras veces nos comprometía ante el Comité de Neutrales con gestiones de apariencia pacificadora y destinadas, en realidad, a paralizar o distraer nuestras acciones militares. La Cancillería estuvo forzada siempre a desenvolver una diplomacia defensiva porque el poderío argentino se irradiaba en todas las esferas internacionales sin dejar paso a ninguna gestión boliviana. En las circunstancias de mayor algidez de la guerra logramos hallar una coyuntura para persuadir a la Cancillería del Brasil a mediar en el conflicto y refrenar el guerrismo del presidente argentino Justo y de su bismarkiano Canciller. Fuimos escuchados bajo la postulación de pactar una suspensión de hostilidades sobre la línea de las posiciones militares existentes y de la liquidación del pleito principal mediante arbitraje patrocinado por el Brasil. Cuando el asunto ya había sido puesto a cargo del Canciller brasileño, el presidente argentino destacó en misión especial a don Angel Cárcano, el estadista de mayor ascendiente ante el gobierno de Getulio Vargas, a objeto de malograr nuestras diligencias diplomáticas. Hubo de admitir el Ministro brasileño y tiempo después reveló que la maquinación referida había frustrado la solución más auspiciosa para concluir la guerra del Chaco con menos sangre y con más honor para América.

Lo evidente fue que el Canciller Canelas tampoco podía forjar milagros diplomáticos si nuestras armas iban en sucesión de contrastes. Gran deber cumplió defendiendo la conducta observada por Bolivia y sus derechos en notas y documentos de impecable factura, lógica irrebatible e indeclinable dignidad.

Al término de la guerra recomenzó para el Dr. Canelas otro sombrío lustro de persecuciones. Anduvo primero por las tierras del Iténez y luego fue encerrado en las mazmorras de Coati. Con maligna fruición se le acusó de haber adquirido durante su Ministerio de Gobierno la Isla de la Luna, en el Titicaca, con fines de encarcelamientos políticos y, que, era por lo mismo natural cobrarle el negocio, ojo por ojo y diente por diente. La verdad había sido otra. El Presidente Salamanca fue el adquirente con la aspiración patriótica de resguardar la Isla como la reliquia arqueológica que era. Originariamente nadie imaginó que se convirtiría Coati en una penitenciaría de represiones. El gesto patriótico de Salamanca fue pecado que purgó Canelas injustamente.

Atardeciendo la vida es carácter del hijo de los valles regresar al pago del clima tibio, del suelo paradisíaco, donde la rotación trimestral de los cultivos depara tres recolecciones opíparas, del medio físico de la infancia, en que la tierra y el hombre se cohesionan en simbiosis perfecta. Canelas se restituyó devotamente al terruño, pero orgulloso de su vitalidad realizadora no quiso arribar al lar nativo con las manos vacías. Montó talleres de un diario moderno e instituyó Los Tiempos en nuevo baluarte de la campaña sin cuartel que le ocupó nueve lustros. Otra vez se alinearon a la diestra de la gran unidad nuevas cifras jóvenes: Tobías Almaraz, Quiroga Santa Cruz, Pereyra Fiorilo, Samuel Mendoza. Ya no eran el arrebato idealista y la intransigencia jacobina de La Patria que se reproducirían en Los Tiempos. Así fue que la pedagogía del flamante diario fue más bien de reflexión serena, de admonición emotiva y de enseñanza docente. Sin duda, no faltó la sal de humor del hispánico Larra y, a veces, el anatema del latino Juvenal, criticando las genuflexiones rendidas a los pueblos y las maldades de las tiranías trágicas.

Cuando la opinión pública tiene el alimento cotidiano de la verdad, recupera pronto las energías del espíritu para constituir la convivencia de la armonía social, del Estado de derecho y de la patria ejemplar. Es cierto que todas las actividades representan con rol social supremo, pero ninguno tiene el valor capital de la prensa en cuanto a la inmanencia de su fuerza psicológica que actúa apoderándose de la mente, el sentimiento y la voluntad en real hipnosis colectiva.

En el ministerio del diarismo nacional, Demetrio Canelas es el maestro por antonomasia y así su obra puede servir como medida de valor del dominio social ejercido por la prensa, a la par que como ejemplo de las virtudes catonianas y evangélicas de la función.

El cesarismo no pudo soportar los frutos de la libertad intelectual de Los Tiempos. Para acallarlo la dictadura creó una prensa oficial de diatriba y terrorismo que más sirvió al perseguido que al sojuzgador y al persecutor impunizados. Se frustró, pues, el plan del silenciamiento y dio lugar a que el Ministro fuere providencialista constituyera en Cochabamba una organización aviesa ad-hoc con misión de destruir materialmente Los Tiempos y pasar a saco la casa de su director. Sólo así se pudo amordazar al esclarecido periodista. Así se pudo dispersar a los discípulos del maestro de la honestidad, en el engaño de que imponiéndose el silencio, se prolongaría sin término la noche del despotismo.

Vigoroso de salud espiritual, pero desposeído de la materialidad indispensable del instrumento de su poder, se reconoció el Dr. Canelas con el derecho de Cincinato de Roma. Aun se le había permitido disponer de una fracción de la heredad familiar y a ella quiso consagrar manos, mente y energía, a fin de concluir la vida con una égloga virgiliana. Ese ambiente del renunciamiento y la soledad era propicio para recogerse en la meditación y reandar instrospectivamente el curso de los días vividos con sus penas, sus grandezas y sus luchas. Del examen de conciencia, dedujo, sin duda, que los sacrificios políticos desempeñados no pudieron remodelar nuestra democracia, pero que sirvieron al país en las empresas supremas del periodista, cuyo oficio es el del civilizador auténtico.

La Patria y Los Tiempos registran la historia boliviana del último medio siglo con sus horrores y sus errores, con sus glorias y sus vanaglorias, reclamando nostálgicamente al René Moreno de la nueva era capaz de compulsar los documentos diarísticos y con la lógica de sus verdades, prevenir a la patria sobre las realidades futuras de su destino. Toda creación con valor de cultura, toda inversión proyectando una industria, todo esfuerzo proclamando una institución, toda fórmula encarnando un descubrimiento, todo acto y acontecimiento trascendentes, son informados, glosados, radiografiados por el periodismo o diario para utilizarlos en enseñanza pública, en acción de progreso, en desarrollo de la conciencia moral y de la intelectualidad del país como conducta y sabiduría.

Desde los orígenes de la nacionalidad ningún boliviano profesó el periodismo como razón suprema de su vida, cual encendió el Dr. Canelas. Para ese gran ministerio poseía las superiores calidades que requieren los héroes carlylianos en las patrias jóvenes. Tenía el vigor del talento innato para la ideación original; el don elocutivo espontáneo hablado y escrito; el gusto estético natural para animar de belleza a sus obras; la vocación humanista y la conciencia patriótica; el coraje heroico y la intransigencia apostólica.

Es a un ciudadano de tal eminencia histórica que hoy rinde pleitesía la ilustre Universidad de San Andrés, por órgano de su meritísimo inteligente Rector y merced a la iniciativa feliz de Don Porfirio Díaz Machicao, el notable director de la biblioteca y creador de la institución del Museo de las letras bolivianas. Había de ser Díaz Machicao, por la dechadez de su civismo, quien tiene el deber incoercible de reunir en una galería histórica de la Universidad, las efigies, los objetos personales, el recuerdo emotivo de los pensadores, repúblicos y artistas que glorificaron la patria. La ilustre familia Canelas me ha encomendado la tarea, tan cara a mis sentimientos, de agradecer este homenaje, y, al propio tiempo, de donar el retrato y algunos efectos del Dr. Canelas, a cuya vista se rememorará la vida ejemplar del hombre que encarnó el medio siglo contemporáneo de Bolivia.

LOS GRANDES ACIERTOS DE...

(Viene de la página 2)

klin Delano Roosevelt, la historia de Joseph MacCarthy el senador por Wisconsin, la candidez norteamericana, en fin, que entregó a Rusia países enteros de Europa y lo que es peor, todo su arsenal de investigación científica -incluída la atómica- que ha permitido a los soviéticos aventajar en pocos años a los Estados Unidos. Pero esto son momentos más bien escasos pues el matiz primordial de esta obra apasionante es el más estricta y directamente humano. Y en ese terreno, desde luego, cuanto no sea admiración y profundo respeto indicaría ceguera o un marcado complejo de inferioridad. Las realizaciones de los Estados Unidos son demasiado vertiginosas y demasiado sorprendentes como para no despertar una admiración inmediata y sincera. Ese gran pueblo sigue siendo merecedor de toda nuestra simpatía por más que sus dirigentes nos lo hayan hecho odioso. El periplo de Raymond Cartier es impresionante y nos recuerda esa penúltima obra de John Steinbeck que se titulaba "Travels with Charlie". Un recorrido entrañable y apasionante por las tierras y el corazón de América. Pero ojo que la vista engaña; ni Steinbeck ni Raymond Cartier pretenden abarcar lo inabarcable. La tercera gran virtud de "Las cuarenta y ocho Américas" se llama realismo. De intención y de realización. Veamos en qué consiste este realismo intencional como llamamos a esta tercera faceta positiva de la obra que comentamos.

Ninguna persona, por mediana que sea su inteligencia, pretenderá abarcar todo el hablar de cualquier país, por simple y uniforme que parezca. Es del todo imposible el encerrar a un país vivo en un libro y ridículo el pretender siquiera hacerlo. Por eso Raymond Cartier huye como de la peste de las generalizaciones que están hechas siempre de simplificaciones. Las cuarenta y ocho américas son cuarenta y ocho entidades, algunas de ellas con características tan distintas y tan opuestas, que aquí más que nunca es inútil tratar de generalizar o de simplificar. Lo que tiene validez en Nevada para nada sirve en New England, y viceversa desde luego. Lo mismo puede decirse en multitud de aspectos por lo que a cada uno de los Estados se refiere en relación con los demás. Por tanto tratar de abarcarlo todo queda al margen de las posibilidades de un libro del tipo del que Cartier escribe. Cartier habla de casos concretos nunca generalizables, explica determinados sucesos históricos, geográficos, políticos o anecdóticos con validez exclusiva para aquellos lugares y tiempos en los que son descritos. La consecuencia es evidente; el libro de Raymond Cartier se limita a unos cuantos rasgos, característicos cuando se quiera pero particularísimos. Por supuesto que el autor insiste una y otra vez, desde el prólogo al epílogo, en que nadie busque lo que no hay ni lo que él no pretende comunicar o expresar. Y el lector se cura en salud y saca sus consecuencias. Es sumamente difícil, por no decir absurdo, hablar de los Estados Unidos de Norteamérica. Semejante dislate sería sólo comparable al que cometen a veces los propios norteamericanos cuando le preguntan al forastero que qué clima hay en Sudamérica o qué se come o qué clases de personas hay. Pues todo. Frío y calor, banano y papa, y un conglomerado racial que va complicándose por momentos. Lo mismo sucede en los Estados Unidos.

Desde este punto de partida la obra de Cartier nos presenta unos cuantos rasgos, muy bien escogidos y magistralmente expresados, sobre las cuarenta y ocho Américas -porque en el momento de la primera edición de su libro no eran todavía estrellas de la bandera norteamericana ni las Hawai ni Alaska-. Y el lector se entera de unas cuantas cosas, profundamente interesantes y reveladoras. Y como del contraste sale la luz, de la diversidad descriptiva de la obra de Cartier el lector saca inevitablemente la prudencia crítica suficiente para no seguir diciendo generalidades y vaguedades sobre el inmenso país norteamericano.

En resumidas cuentas, a Raymond Cartier, hay quien le ha llamado el mejor reportero del mundo. Dejando a un lado comparaciones que siempre son odiosas, es indudable que Raymond Cartier es un gran reportero. Lo mejor de su ciencia periodística, de su sagacidad y espíritu de observación, de su formidable estilo, lo podemos encontrar en los libros excepcionales que se titulan "Las cuarenta y ocho Américas" y "Las dieciseve Europas". Hoy nos limitamos en nuestro comentario al primero de ellos. Quizá en otra ocasión le toque el turno al segundo.

EL ULTIMO...

(Viene de la página 3)

espiritual que revela este rebautizamiento (hay que llamarlo así, si se recuerda que hubo una primera auto-nominación), podremos encontrar el foco espiritual que anima a todas las partes de la misma.

Hay que tener en cuenta que el tratamiento, implícitamente reclamado, de "último soldado de..." encierra en sí una doble actitud espiritual: la primera es la ya mencionada de sentirse depositario del pasado y dar testimonio de él, algo semejante al sentimiento que encierra la actitud del cristianismo francés contemporáneo, cuando nos hablan del "témoignage chretien", la segunda es la del abandono que tiene quien se siente "el último" y a quien motejan de "¡Espantoso vestigio! ¡última carroña de los tiempos de la Independencia! (122), y la de la desilusión de quien constata que la República por la que hombres tan excelentes se sacrificaron dista mucho del ideal sana crítica y apasionado patriotismo del hombre a quien se le pudo dar el título de JUSTO; ha dedicado su vida a la misma causa que sus heroicos antecesores como soldado de la Independencia; ha contemplado, en fin, el día glorioso de la liberación, para después entregarse a la tarea de la edificación de una patria digna de los héroes de 1810. A tal punto se siente heredero y depositario del precioso tesoro de los antepasados, que él se encuentra en el presente como el solo y único sobreviviente de los hombres de entonces y, por ello, se autodenomina EL ULTIMO SOLDADO DE LA INDEPENDENCIA. Creo que en la actitud que entonces se forjaron. Esta doble actitud, la del testigo y la del desilusionado, que corresponden al niño y al anciano del relatador de la novela, se unifica en la imagen de un solo hombre, "el último soldado de la Independencia", en quien anidan los más contrarios sentimientos: esperanza y desilución, optimismo y pesimismo, fe y desconfianza, exultación y resignación.

(Continuará)

NOTAS

114. Págs. 1 y 327.
115. Págs. 10 y 248.
116. Pág. 349
117. Pág. 361
118. Pág. XVI
119. Pág. 143
120. Pág. 116
121. Pág. 145
122. Pág. XVII



EL METODO

(Viene de la página 2)

imponen, no por gusto, ni por ser modernos, sino simplemente porque son necesarios para conseguir una finalidad.

Otra de las finalidades de la escuela afirma que debe ayudarse al alumno a comprender y servir mejor su comunidad. Entonces los métodos sociales son mejores que los que exaltan el individualismo. Esto es una consecuencia, pues no se puede ser un ser social, preocupado por su comunidad si pasa gran parte de su infancia encerrado en una sala de clases. También, se afirma que se debe contribuir a que la comunidad en donde está la escuela logre su superación. Esto liga a la escuela con su medio, le hace estudiar sus posibilidades y necesidades y, los métodos para esto han de ser libremente ejercitados. Toda esta acción ha de fortalecer la conciencia cívica, la formación humana.

Así se ve que los métodos están realmente implicados en los propósitos y que no es necesario andar buscándolos, ni inventándolos ni copiándolos. No importa su calidad de modernos o de viejos, lo valioso es su acoplamiento a lo que de ellos se espera: el llegar a las metas marcadas.

Después de esto, es fácil el examen de cualquier método. Se forma un criterio para juzgar y apreciar. Pero esto es sólo una parte. Así debe procederse a la luz de los programas y de todos los demás elementos de la escuela, buscándo lo que ya se ha dicho: la coordinación.

Todas estas afirmaciones no son nuevas precisamente. Muchos autores ya las habían hecho en forma parcial. Arthur Gates, en su artículo que escribió en la Pedagogía Científica de Freeman, dice: "Una concepción fundamental, basada en numerosas y diversas investigaciones es la de que un método de enseñanza no puede ser considerado aisladamente del alumno y del maestro". Esta idea, un poco ampliada, es la que hemos venido sosteniendo en el curso del presente estudio de la escuela primaria. Insisto en que esta relativización de la importancia del método no es quitarle importancia, como lo hace Alexander Meiklejohn en su obra, "La Educación entre Dos Mundos", en que afirma que es un hecho siempre secundario. Yo no podría sostener tal aseveración, pero tampoco podría decir con el distinguido maestro español Dn. Rufino Blanco y Sánchez "que el método es el instrumento de la ciencia y el maestro de los maestros".

Tiene el método un gran valor y por ello importa conocerlo y, sobre todo, aplicarlo; pues, de acuerdo con estas opiniones de juzgar al método dentro de un cuadro que presiden las finalidades, es fácil tomar una actitud crítica de los diversos métodos. No será ya la simpatía, la edad o la firma de quien lo aconseje lo que importe, para dar una decisión: será lo que en verdad represente frente a la finalidad que se persigue.

Del método dogmático, se puede decir que es inadecuado porque no contribuye a desarrollar la mentalidad del educando, porque no tiene un sentido social, y porque en fin, no propicia la actividad que es la manera de desarrollar la personalidad.

Semejante crítica puede hacerse de los métodos verbalistas que aunque pretendan ser heurísticos y poner a trabajar la mente de los alumnos, siempre el que realiza toda la actividad es el maestro; al niño no se le concede dentro de este método ninguna espontaneidad. Tiene que oír lo que dice el maestro, ideas que escucha, siempre hay un TIENE QUE por delante. La presencia de un criterio hace fácil el examen de los métodos. A esa luz conviene mirar muchos que han sido exaltados hasta la hipérbole, y otros que han periclitado en la estimación de la mayoría del magisterio.

El método herbartiano, el de los cinco pasos formales: preparación, presentación, asociación, generalización y aplicación, ha sido terriblemente criticado. Es anticuado, dicen algunos; está pasado de moda, dicen otros, exhibiendo su pauperismo de juicio. Lo nuevo no es lo bueno, pues si así fuera, cada día sería menos bueno.

Este método está basado en una lógica indiscutible, sólo que tal característica está ausente de las mentalidades infantiles. Por otra parte, tiene un rigorismo de uniformidad que no lo hace recomendable. Su marcha rígida hace imposible que constituya un elemento de desarrollo. Sin embargo, un maestro competente puede utilizarlo, porque hará los cambios oportunos y necesarios. Considero, como muchos maestros modernos, que siempre hay que principiar por preparar, por motivar. Una actividad atractiva lleva implícita su propia motivación. Además, si una lección es continuación de otra, subsiste el interés de la primera, si allí se logró despertarlo. Es pues inconveniente que se considere indispensable comenzar siempre, pero siempre con lo mismo. No hay que principiar siempre de la misma manera, afirma Bergson que uno de los motivos más efectivos de la risa es ver que un hombre se mecaniza y deja de tener la flexibilidad y variedad que es propia de lo humano, para obrar mecánicamente como una máquina cualquiera. Es penoso descender la enseñanza hasta tal punto de degradación. El maestro ha de ser un imaginativo, un artista que busca siempre nuevas formas de enseñar. San Agustín contestó al lego Deogracias, cuando le preguntó que cómo enseñaría para no fastidiar: "enseña con gracia y con amor"... Es lo que debe hacerse para no degenerar en rutina.

El método libresco fue el único durante largos años. Ahora se considera un despropósito; sin embargo, el libro debe ser amnistiado. Debe entrar en la escuela. El niño debe aprender a extraer ideas de los libros. El arte de leer que con tantas vicisitudes aprende, debe servir para algo. Leer, ha dicho André Maurois, es conversar con los espíritus más selectos del pasado. ¿Por qué evitar este interesante diálogo?

El método global es considerado como la panacea de la Pedagogía. La mente del niño, se dice es sincrética y por eso la enseñanza ha de ser global, cualquier cosa que se diga en contrario es una falsedad. Terrible dogma. Así va a ser difícil que enseñen a cultivar el pensamiento y a respetar su libertad. Así no va a ser posible.

El niño es una expresión un poco más elástica. Se es niño a los dos años y a los doce; sin embargo, la diferencia es grande. Resulta un poco peligrosa esta elasticidad de un término tan importante. Muchos maestros hablan de experiencias felices, pero no dicen la edad de sus educandos que estaban en el kindergarten. La mentalidad del niño, como todo él, está en evolución. Va de lo sincrético a lo analítico. La enseñanza debe seguir igual forma. Se trata de indicar que la enseñanza en el kindergarten ha de ser completamente globalizada; que en el primer ciclo ha de ser combinada, con dominio de la globalización. En el segundo ciclo, o sea en tercero y cuarto años debe organizarse en forma que estén en equilibrio, la sistematización y la globalización. En el último ciclo de la escuela primaria debe ser predominantemente sistematizada, para que al llegar al ciclo secundario, pueda la sistematización entrar en toda su plenitud.

El método global para lectura es eficaz para niños, sin que se desee indicar que sólo con la globalización puedan aprender. Como se ve, la relatividad de los métodos es evidente. Lo importante es la actitud del alumno y la aptitud del maestro. El psicólogo Pyle asegura que "una mala actitud retarda el aprendizaje, como una favorable lo acelera". Hasta en esto es importante el aspecto teleológico, ya que es mejor interesar por los fines que por los medios.

En los últimos tiempos ha habido una extraordinaria producción pedagógica, esencialmente dirigida a los métodos. Lorenzo Luzuriaga los ha clasificado desde el punto de vista social. Llama de trabajo individual los de Montessori, de Mackinder y Dalton; de trabajo individual y colectivo los de Decroly, Winnetka y H[illegible] bajo colectivo el de Proyectos, de enseñanza sintética el Freinet y, por último, de grupos al de equipos, el Cousinet y el Jena.

Hay muchos que no son realmente métodos en la aceptación pura del término, ya que se refieren a programas y a formas de organización; pero, es importante observar que hay comunes denominadores de ciertas características que se desea destacar, tales como la vitalidad, la actividad, la libertad, la responsabilidad. Hay una preocupación más educativa que instructiva. Se trata, con más o menos éxito de exaltar la individualidad, pero para encarzarla socialmente. Lo deseable sería que los maestros estudiásemos estos y otros métodos, con sentido crítico para poder combinar sus recursos convenientemente y de acuerdo con las circunstancias.

El maestro Rafael Ramírez ha escrito: "Eficaz como es el método de proyectos no debe, sin embargo, ser considerado por los maestros como un método exclusivo y único". En general, todos los métodos se empeñan en ser agentes de desarrollo físico, mental y social de los alumnos. Por eso se destaca la actividad como una tendencia generalizada. El aprender haciendo ha ganado mucho terreno en la pedagogía contemporánea. "Si no es cabalmente cierto que el hombre sólo sabe lo que hace, según dice Vico, es una verdad que sabe bien lo que hace y que ninguna explicación puede suplir a la falta de ejercicio". Dice Eduardo Benot en su obra: Errores en materia de Educación.

Muy importante es también que haya el empeño de atender la individualidad. Nadie es igual exactamente a otro. Cada uno necesita, en cierta medida, una atención personal. Pues bien dice Aguayo: "Siendo el aprendizaje y en general la educación producto de la actividad del niño y no obra del maestro, es indudable que todo procedimiento didáctico ha de tener por supuesto necesario la libertad del educando".

En esta forma se ha mejorado el aspecto del método de enseñanza: haciendo que no sólo contemple el aspecto instructivo, sino que tenga proyecciones educativas. Ya nadie quiere una enseñanza como la que describe Rabelais, al decir: "Mejor hubiera sido no estudiar, que aprender en tales libros y con tales preceptores, porque su saber no era más que necedad y su ciencia tonterías". Algunos también, escépticos, decían que nada quedaría de aquella floraeción de papel, refiriéndose a la amplia producción de literatura pedagógica del segundo cuartil de la presente centuria. Quizás no quede un método en el imperio de la escuela, pero quedarán las tendencias que han inspirado tan variados métodos; que parecen y que son distintos en la forma, pero que coinciden en la altura de sus aspiraciones y en los profundo de sus fundamentos.

Lo importante es que el maestro no olvide lo esencial: que haya unidad en lo que aprenda y que esto se logre por la vía activa. Dilthey precisó: "La misión de una pedagogía realmente moderna sería descubrir los métodos por los que las diversas materias pudieran ponerse en conexión interna de una representación de la realidad lo más simple de estructura posible". Esta conexión interna es indispensable para que el conocimiento tenga unidad y funcionalidad. Tampoco no hay que olvidar a Kerschensteiner cuando nos dice: "En la niñez el alumno no está dispuesto a escuchar ni a recibir pasivamente. Al contrario, los años de infancia y pubertad se distinguen, sobre todo, por su viva actividad".

No podríamos concluir este estudio sin hacer referencia al material didáctico. Algo que se ha puesto a discusión con motivo principalmente de algunos inventos mecánicos, la introducción de todo esto a la escuela y que hoy ha despertado tal optimismo, hasta que muchos han creído ver abrirse el paraíso y piensan que todo se puede enseñar con el tipo de ayudas audio-visuales; sin embargo, hay que recordar a Rousseau cuando decía: "Buscáis globos, esferas, cartas geográficas ¡cuánto embeleco! ¿Por qué no empezáis por mostrar el objeto mismo?"

Nadie puede negar la importancia del material de enseñanza, pero no hay que llegar al frenesí de afirmaciones absurdas: si hubo material la lección fue buena; sin material no hay éxito posible. Por eso Bartolomé Cosío se burló de este desorbitado empeño: "Cada profesión tiene sus fetichismos de primera magnitud en el cuerpo docente". Tan severo juicio se debe a que el afán de usar material eclipsa en la conciencia de los maestros valores prístinos como la actividad, la naturalidad y la espontaneidad.

René Hubert es prudente cuando recomienda: "Que no haya rutina para los antiguos usos y que no haya entusiasmo irracional para los nuevos".

Este DECALOGO DIDACTICO para los maestros:

1.- El MATERIAL DIDACTICO, no ha de quitar el puesto a la realidad ni a la naturalidad.
2.- No ha de inhibir la acción, sino ha de fomentarla.
3.- Debe ser bajo costo, en lo general.
4.- Ha de ser atractivo.
5.- Ha de completar su efecto con la actividad y la reflexión.
6.- Ha de ser usado por los alumnos.
7.- Ha de ser más de hacer que de manejar.
8.- Ha de ser de uso sencillo.
9.- Su función es ayudar al maestro no substituirlo.
10.- Ha de combinarse con otros medios didácticos.

El maestro de nuestro tiempo no ha de ser el ejecutor ciego de un método, tratando siempre de ajustar el alumno al método. No ha de ser el fanático que jure por la bondad infalible de "su" método y que tenga dificultades porque alguien osó dudar de la grandeza y la excelencia de "su" método.

Ha de ser, en cambio, el maestro conocedor de su alumno, enamorado de los fines que persigue su labor y suficientemente informado de los diversos métodos y de su material subsidiario para obrar siempre con un criterio amplio y selectivo, sin fobia y sin estridentismo.